



Diálogos filosóficos sobre el capitalismo

José Luis Feito*

El propósito de este ensayo es analizar con rigor y claridad las diferencias principales entre los defensores del capitalismo y sus críticos. Aunque estas discrepancias aparecen reiteradamente en el debate intelectual no siempre se argumentan consistentemente por unos y otros. A juicio del autor de estas líneas, la confusión del debate dificulta la comprensión de los mecanismos esenciales del capitalismo y entorpece con ello el análisis del impacto de la acción política sobre el bienestar de nuestras sociedades. Este artículo pretende contribuir a la clarificación del debate recurriendo a un método expositivo escasamente utilizado hoy día pero de añeja tradición intelectual en Occidente: el diálogo filosófico. No se intenta, pues, avanzar ideas originales sino exponerlas originalmente.

Palabras clave: Capitalismo, Propiedad privada, Naturaleza humana, Necesidades crecientes, Recursos limitados.

The aim of this article is to clarify the debate between advocates and critics of capitalism. Discrepancies between friends and foes of capitalism recur time and again in intellectual circles. However, the corresponding arguments and counterarguments for are rarely encountered in a rigorous yet accessible language to the general public. To this end, this essay resorts to an expository device deeply rooted in the western intellectual tradition but scarcely used nowadays: the philosophical dialogue.

Keywords: Capitalism, Private Property, Human Nature, Growing Needs, Limited Resources.

* José Luis Feito es técnico comercial y economista del Estado. Ha sido Embajador de España en la OCDE y Director Ejecutivo del Fondo Monetario Internacional. Presidente de ASETA, miembro de la Junta Directiva y del Comité Ejecutivo de la CEOE, así como Presidente del Comité Fiscal y Presidente de la Comisión de Política Económica y Financiera de la CEOE (joseluisfeito@aseta.es).

Este artículo es una síntesis del primer capítulo de un libro con el mismo título en curso de elaboración por el autor.

LIBERTO¹

Permíteme, Fabiano, comenzar nuestro diálogo definiendo los elementos que, a mi juicio, constituyen la esencia del capitalismo. El principal rasgo distintivo del capitalismo es la combinación de propiedad privada de los medios de producción con la mayor libertad posible de sus propietarios para disponer de dichos recursos de la manera que consideren más adecuada. Quizá no sea innecesario añadir que la propiedad privada de los medios de producción, los recursos mediante los cuales se puede generar renta y acumular riqueza, entraña no sólo la posesión individual de activos financieros o de bienes materiales como tierras, máquinas, etc, sino también el derecho de los individuos al fruto íntegro de su trabajo, sus ideas, sus inventos y sus creaciones artísticas. Esto es, el derecho de los individuos a ser dueños de su propia persona y a apropiarse de los rendimientos de lo que los economistas denominan su capital humano. Suele pasar desapercibido que este derecho ha estado mermado e incluso vedado para amplias capas de población a lo largo de la historia y que sólo ha podido materializarse plenamente dentro del capitalismo. No en vano, un notorio enemigo del capitalismo hubo de reconocer que dicho sistema consiguió en poco tiempo abolir definitivamente la esclavitud y las diversas variantes de servidumbre feudal que habían sobrevivido a siglos de súplicas y advertencias de

¹ Liberto representa a los partidarios del capitalismo liberal, su discurso destila los principios fundamentales de dicho sistema económico. En lo esencial, sus manifestaciones y razonamientos sintetizan argumentos desarrollados en Hume, D. (1886), Knight, F. (1951), Mises, L.V. (1966), Hayek, F. (1949) y Friedman, M. (1980).

la Iglesia cristiana, a las reformas bienintencionadas de algunos monarcas y a las encendidas protestas de muchos humanistas desde Séneca a Voltaire.

La característica fundamental del capitalismo, pues, consiste en extender todo lo posible la propiedad privada de los medios de producción y la libertad de cada cual para usar su propiedad como considere conveniente a fin de satisfacer las necesidades y deseos que configuren su proyecto vital. Ahora bien, *todo lo posible* no debe confundirse con *ilimitadamente*.

El capitalismo no está reñido con que un conjunto de recursos productivos, como, por ejemplo, los ríos, las costas o los espacios aéreos se adscriban a la propiedad colectiva. Sobre todo, no puede haber capitalismo si no existe un Estado que proteja la propiedad privada y que al mismo tiempo establezca una serie de limitaciones indispensables al uso de la misma. De poco sirve la propiedad privada si en la sociedad impera la violencia que pone en riesgo continuo la vida de los ciudadanos y el disfrute de sus posesiones materiales. De poco sirven los derechos de propiedad si no están bien especificados, si no se sabe con precisión qué cosas pertenecen a quién, si no existe seguridad jurídica sobre la titularidad de dichos derechos, si no están suficientemente protegidos por la ley frente al robo, el fraude o la confiscación arbitraria por agentes privados o públicos. De poco sirve la existencia de los mercados, esas redes de contratos libremente acordados entre los individuos, si no existe una justicia imparcial que vele por el cumplimiento de estos contratos y un aparato de administración de justicia que persiga y penalice eficazmente a quienes los incumplen.

El capitalismo será más o menos liberal según cuales sean las funciones que desempeñe el sector público. Sin embargo, de la misma manera que no puede haber capitalismo si el Estado asfixia la propiedad privada, tampoco lo habrá si el Estado no cumple al menos esa responsabilidad esencial de velar por la seguridad y demás dimensiones de los derechos de propiedad privada. Así, el segundo

rasgo definitorio del capitalismo consiste en la constitución de un Estado que sea capaz de proteger la propiedad privada y de garantizar el cumplimiento de los contratos individuales y de la ley en general, además de llevar a cabo algunas otras tareas esenciales que puede desempeñar más eficazmente que el sector privado.

FABIANO²

Si te he entendido bien, Liberto, consideras el Estado como uno de los elementos fundamentales del capitalismo.

LIBERTO

Has entendido bien, Fabiano, aunque para ser más precisos me refería a una determinada configuración del Estado. En principio, el sistema económico será tanto más capitalista cuanto mayor sea la proporción de los medios de producción en manos del sector privado y cuanto menores sean las restricciones que impidan a los propietarios de dichos medios disponer de sus activos y de las rentas correspondientes como juzguen conveniente para alcanzar sus objetivos y maximizar su bienestar. Digo en principio porque, como efectiva-

2 Fabiano representa las múltiples voces que se han levantado contra el sistema capitalista. Incluye tanto a los que consideran dicho sistema un mal inevitable que hay que compensar extendiendo todo lo posible la acción pública, como a los que consciente o inconscientemente buscan suplantarlo poniendo en su lugar alguna variante de los esquemas socialistas que a lo largo de la historia se han presentado como alternativas al capitalismo. Su discurso, pues, recoge tanto las reacciones populares contra el capitalismo desplegadas de forma prominente por muchos ciudadanos, artistas e intelectuales ajenos de conocimientos económicos, como las críticas y propuestas de los partidarios de un mayor peso del Estado en nuestras sociedades. Sus manifestaciones y razonamientos se pueden encontrar en la prensa diaria y otros medios de comunicación, así como en las obras de pensadores como Sombart, W. (2001), Galbraith, J.K. (1955) o, más recientemente, Foley, D. (2006).



mente sostenía en mis comentarios iniciales, el otro elemento central constitutivo del capitalismo es la existencia de un Estado que suministre la seguridad, la defensa y la justicia que garantizan esos derechos de propiedad y aseguran el cumplimiento de los contratos.

El Estado debe también ejercer algunas otras actividades necesarias para complementar la iniciativa privada, entre ellas la provisión de educación y de infraestructuras, así como el mantenimiento de una red de protección social que asegure un mínimo de prestaciones esenciales a los individuos que por cualquier causa no puedan procurárselas por sí mismos en el mercado. De lo anterior se colige que en el sistema capitalista más puro o más liberal posible el sector privado no sería dueño del cien por cien de los medios de producción, ni podría disponer libremente del cien por cien de las rentas que perciba por la utilización de los recursos productivos que posea, ya que parte de los derechos de propiedad serían de titularidad pública y los individuos habrían de entregar una porción de sus rentas al Estado para financiar el funcionamiento del mismo y cubrir el coste de producción de las citadas actividades públicas, aparte de ceñirse a las regulaciones necesarias para mejorar el funcionamiento de los mercados privados.

FABIANO

Debo decirte, Liberto, que tus observaciones me causan sorpresa y también, para qué negarlo, una cierta satisfacción. Ahora resulta que a pesar de los esfuerzos del neoliberalismo que nos invade para eliminarlo o debilitarlo, el Estado constituye después de todo un componente esencial del capitalismo liberal. Me agrada esta defensa del Estado, aunque sea de un Estado mínimo, pero me sorprende escucharla dentro de una melodía que ensalza con tan altos tonos el capitalismo liberal.

48 LIBERTO

Tu sorpresa por mi defensa del Estado refleja un malentendido frecuente entre los críticos del capitalismo y a veces, debo añadir, también entre sus partidarios. Únicamente el anarquismo y el marxismo -este último después de consumada la convenientemente elástica etapa preparatoria de la dictadura del proletariado- conciben una sociedad sin Estado. Los teóricos más importantes del capitalismo siempre han defendido que al Estado le corresponde desempeñar un papel vital dentro del sistema de propiedad privada.

El Estado, cuando apuntala los derechos de propiedad de los individuos y no intenta suplantar al mercado haciendo cosas que puede hacer mejor el sistema de libre empresa, cuando se limita a las funciones que por diversas razones no puede realizar la iniciativa privada, es efectivamente un elemento imprescindible no ya para garantizar la eficiencia sino incluso la existencia del capitalismo. Ahora bien, de la misma manera que la gasolina es indispensable para el funcionamiento del motor de combustión pero resultaría nociva si se usara para la higiene personal, el Estado puede cercenar la vitalidad de los mecanismos de mercado, y con ello la prosperidad de la sociedad, si se despliega profusamente abarcando actividades que serían desarrolladas de forma mucho más creativa y eficiente por el sector privado. Al respecto, por cierto, se ha de tener en cuenta que aun en aquellos casos en los que la iniciativa privada ocasiona resultados claramente insatisfactorios sólo será preferible la intervención del Estado si dicha intervención no genera efectos colaterales negativos más dañinos que los defectos que pueda corregir. Dicho en otras palabras, cuando falla el mercado se da una condición necesaria pero no suficiente para justificar la acción del Estado.

De las consideraciones anteriores se desprende que sería teóricamente concebible, aunque poco probable, que una sociedad con mayor peso del Estado fuera más capitalista que otra con un Estado menor si el mayor tamaño del Estado en la primera obedece estrictamente a la cobertura de las funciones que esencialmente le competen y las



reducidas actividades estatales en la segunda descuidan esos deberes fundamentales, afanándose en tareas que podría atender más eficazmente el sector privado. Esta ambivalencia del Estado plantea el primer problema de valoración del capitalismo: los males económicos que a veces se exhiben para descalificar este sistema económico, ¿tienen su raíz en el funcionamiento defectuoso de los mercados sustentados en la iniciativa privada o proceden, por el contrario, de que el Estado hace demasiado de lo que no debe hacer, haciendo mal o demasiado poco de lo que debería hacer?

FABIANO

Permíteme, Liberto, responder a tus planteamientos sobre el capitalismo liberal dándote mi visión general de dicho sistema. Tal y como yo lo veo, en la casi ilimitada extensión de la propiedad privada y la mayor libertad posible para hacer uso de la misma como les plazca a sus dueños, que como bien dices son las fuerzas motrices del sistema, se encuentra al mismo tiempo la raíz de todos sus males. Porque una sociedad en la que no hay otros límites a las posesiones individuales que los que configuran los bienes públicos, que tú limitas a la justicia, la defensa, la seguridad y pocas cosas más; en la que los empresarios pueden encoger o expandir sus actividades a su libre antojo, según lo dicte la ley del máximo beneficio, y en la que al no haber trabas para comprar y vender propiedades no hay límites a la concentración de propiedad en manos privadas; en una sociedad así, es inevitable que los fuertes se aprovechen de los débiles, que unos pocos tengan casi todo y muchos no tengan nada. Por otra parte, en una sociedad en la que, exceptuando la oferta de esos limitados bienes públicos cuya responsabilidad asignas al Estado, la propiedad privada dirige la producción de todos los bienes y servicios, todo se valorará según su precio, según sea su interés económico, y se dejará de producir todo aquello, por valioso que sea, cuyo coste de producción supere su precio de mercado. Así ocurre, por ejemplo, que los oncólogos nos dicen que el cáncer se podría curar en pocos años si

aumentaran adecuadamente los recursos destinados a la investigación de esta enfermedad; los científicos nos advierten que se deberían dedicar muchos más recursos a la investigación, a la prevención y a la eliminación de los males medioambientales; el teatro, la danza, la música clásica, la cultura auténtica, en una palabra, se estrangula por el mercado mientras florecen subproductos de ínfimo gusto destinados a satisfacer las pasiones más bajas del ser humano.

La desbocada extensión de la propiedad privada, por otra parte, da rienda suelta al egoísmo individual configurando una sociedad en la que el ser humano es simplemente mercancía laboral y la naturaleza un mero instrumento de producción; la vida misma termina siendo la envolvente de una cadena más o menos dilatada de transacciones comerciales en la que se desprecia cualquier valor extraeconómico que se interponga en la consecución del máximo beneficio. Por todo eso, Liberto, critico el capitalismo y especialmente sus variantes liberales. Porque es un sistema que fomenta el egoísmo y genera abultadas desigualdades de renta y riqueza dejando a muchos en la indigencia; porque explota al tercer mundo e impide su desarrollo; porque confunde valor y precio, porque persigue la eficiencia a costa del bienestar; porque esquilma la naturaleza y deteriora el medio ambiente; porque, en fin, incita al consumismo y convierte al ser humano en un mero engranaje de producción que ha de dedicar su vida a satisfacer necesidades que en buena medida son artificiales e impuestas por la lógica de supervivencia del sistema.

LIBERTO

Aunque no estoy de acuerdo con ninguno de ellos, tus comentarios sintetizan cabalmente las críticas más populares contra el capitalismo y por lo tanto merecen una cuidadosa consideración. En mi opinión, buena parte de tus críticas se nutren de la ignorancia o de la insuficiente comprensión del problema económico que ha de resolver la sociedad humana. La economía es una disciplina intelectualmente más compleja de lo que parece a simple vista y en la que res-



balan aparatosamente quienes la desprecian o la minusvaloran. Otras, ciertamente, son más difíciles de dirimir y pueden contar con el apoyo o el rechazo de diferentes economistas. Para poner de relieve adecuadamente las carencias lógicas de los razonamientos que tácitamente sustentan tu acerba visión del capitalismo, sería necesario que analizáramos con cierto detalle los rudimentos del funcionamiento del sistema. Creo, sin embargo, que podemos prescindir de este análisis para señalar algunos errores fundamentales de los que arrancan buena parte de tus críticas al capitalismo:

I. La limitación de recursos

Uno de estos errores consiste en imputar al capitalismo la responsabilidad de situaciones que, en última instancia, son atribuibles al abismo existente entre los recursos disponibles y los que serían necesarios para cubrir todos los deseos que los individuos quieren satisfacer. Cuando los recursos son insuficientes para satisfacer todas las necesidades del conjunto de la sociedad, cuando por tanto se pueden utilizar alternativamente para cubrir unas u otras necesidades, se ha de determinar de alguna manera qué proporción de recursos dedicar a producir más o menos de cada uno de los bienes y servicios que componen esas necesidades individuales. Me limitaré a describir someramente dos aspectos de este proceso de asignación de recursos escasos que tienen usos alternativos tal y como se lleva a cabo en el sistema capitalista. Espero que esta descripción te haga reconsiderar al menos algunas de tus críticas a dicho sistema.

- El primero de ellos es que el orden de prioridades de las necesidades a satisfacer que establece el capitalismo está fundamentalmente dictado por las prioridades del individuo común, según las manifiesta en sus decisiones cotidianas de consumo. Son estas prioridades compartidas por la inmensa mayoría de los ciudadanos de la sociedad las que dirigen los mercados. Los recursos disponibles se aplicarán a producir los bienes y servicios que se demandan más intensamente por la sociedad en su conjunto y se dejarán de producir, por

inexistencia de recursos, los bienes que se demandan menos intensamente que aquéllos. El capitalismo confía en el individuo como juez supremo de su bienestar y por tanto lo convierte en el árbitro final del proceso de asignación de recursos escasos con fines alternativos. Al respecto, Fabiano, déjame decirte que no tiene sentido atacar el capitalismo porque persigue la eficiencia a costa del bienestar. La eficiencia económica que caracteriza el funcionamiento del capitalismo consiste precisamente en asignar los recursos disponibles de manera que los individuos alcancen el máximo bienestar posible, dejando que cada cual defina libremente este bienestar a través de sus decisiones personales. La eficiencia económica no consiste meramente en producir más por unidad de recursos empleados, sino en producir lo que más desean los individuos al menor coste posible. La eficiencia económica del capitalismo, pues, va inseparablemente unida a la satisfacción del bienestar de la mayoría de la población.

- El segundo aspecto del proceso de asignación de recursos escasos que quiero subrayar es que tanto el capitalismo como cualquier otro sistema económico deben ineludiblemente renunciar a producir ciertas cosas, deben dejar algunas necesidades sin satisfacer, para poder así cubrir las que se demandan más intensamente. La insuficiencia de los recursos disponibles para atender todas nuestras necesidades significa que aplicar dichos recursos para producir el agregado de bienes y servicios que disfrutamos en cada momento tiene el coste inevitable de dejar de producir muchas otras cosas que desearíamos hasta que dispongamos de más recursos.

Es indudablemente cierto, como dicen los oncólogos y también el sentido común, que el proceso de curación del cáncer se podría acelerar si aumentaran ilimitadamente los recursos destinados a la investigación de esta enfermedad. Pero también escuchamos a médicos especializados en otras áreas establecer una relación similar entre la multiplicación de recursos y la curación de esas otras enfermedades cuya importancia sólo desdeñarían quienes no las padecen. Desafortunadamente, no existen recursos suficientes para resolver



todas las necesidades médicas con la rapidez que desearíamos; se han de establecer prioridades y de aquí se infiere que producir más “salud” de un tipo implica producir menos de otro tipo de salud o de otras cosas. Lo mismo ocurre con las demandas de algunos científicos y grupos ecologistas en relación con el medio ambiente, aunque estas demandas tienen una fundamentación empírica más frágil de lo que parece. Para conseguir un medio ambiente menos contaminado es necesario reducir la producción de los otros bienes y servicios que demanda la sociedad. Entre ellos, por supuesto, los que demandan los oncólogos y otros especialistas médicos para avanzar en la lucha contra las enfermedades correspondientes. Y es necesario, sea cual sea el sistema económico, conjugar estas necesidades con las restantes demandas de mayor ocio, más y mejores viviendas, más educación, más ayuda a los más humildes, más comodidades en suma, que solicita la sociedad.

Estas consideraciones sobre las restricciones ineluctables que impone la limitación de recursos sirven de apoyo para abordar otro de tus comentarios: es verdad que el capitalismo no suele producir cosas cuyo coste de producción sea superior a su precio aunque sean cosas que a ti, quizá también a mí o a otros cuantos, les parezcan “valiosas”. Si estas cosas no se producen, si su precio no puede cubrir su coste, es porque su demanda es relativamente insuficiente, porque el conjunto de individuos de la sociedad considera que los recursos se utilizan más eficientemente produciendo otras cosas que son aún más valiosas para la mayoría de ellos. Naturalmente, el Estado puede decidir facilitar la producción de esas cosas “valiosas” subvencionando su oferta o su consumo, como hace en muchos casos. Ahora bien, dejando de lado la justificación de tales acciones, no se debe ignorar que estas intervenciones tienen un coste inevitable: producir menos de otras cosas que el conjunto de la sociedad demanda más intensamente que aquéllas que el Estado decide subvencionar.

Que el sector público produzca una mayor o menor proporción de los bienes y servicios que necesita el conjunto de individuos de la

sociedad no altera esta restricción impuesta por la limitación de recursos. El sector público tiene que decidir cómo distribuir los ingresos públicos entre unas partidas de gasto u otras, tiene que decidir de alguna manera si destinar más o menos recursos al sistema sanitario o a mejorar el medio ambiente o la justicia o la seguridad ciudadana o la educación o las pensiones o las infraestructuras o las necesidades básicas de los más necesitados. El coste de hacer más de unas cosas es hacer menos de otras. Si decide que los ingresos públicos son insuficientes y aumenta los impuestos para poder hacer frente a mayores gastos en algunas o en todas esas áreas, el coste de ese aumento del gasto público será una menor satisfacción de las necesidades que estaba cubriendo el sector privado.

A este respecto, por cierto, se puede avanzar una regla general: mientras que sólo algunos gastos públicos aumentan la eficiencia de la economía, los impuestos siempre la erosionan. Por eso se ha de procurar encomendar al Estado únicamente aquellas actividades que pueda desempeñar más eficientemente que el sector privado. Evidentemente, una sociedad comunista en la que sólo hubiera sector público estaría sujeta a esta misma restricción impuesta por la escasez de recursos disponibles y tendría igualmente que decidir de alguna manera qué bienes y servicios producir, qué necesidades satisfacer. Al hacerlo, incurriría automáticamente en el coste de dejar de producir otras cosas y por tanto dejar de satisfacer otros deseos y necesidades de su población.

2. La naturaleza humana

La otra raíz que alimenta buena parte de tus críticas estriba en culpar al capitalismo por la forma en que está constituida la naturaleza humana. Muchos aspectos desagradables de la convivencia social que se atribuyen al capitalismo proceden efectivamente, además de la señalada escasez relativa de recursos, de una característica conspicua del comportamiento del individuo: su preocupación dominante



o en todo caso prioritaria por resolver sus problemas y los de los suyos.

Esta característica no excluye que abunden acciones humanas altruistas y filantrópicas fuera del ámbito familiar, ni mucho menos es incompatible con que la mayoría de los seres humanos deseen que mejore la suerte material de sus semejantes, sobre todo de aquellos que están sensiblemente por debajo de su nivel de renta. Pero sí implica que la mayoría de los individuos trabajan fundamentalmente para cubrir sus necesidades y las de los suyos, y que si bien pueden dedicar voluntariamente una parte mayor o menor de lo que ganan a la ayuda de los demás, no trabajarán con el mismo ahínco si se les quita una parte del fruto de sus esfuerzos productivos para garantizar un determinado nivel de vida a otros individuos cuya biografía y condiciones personales desconocen. Tampoco se esforzarán mucho en contribuir a la producción de los bienes y servicios que la sociedad demanda aquellos individuos cuyas necesidades sean más o menos cubiertas con el trabajo de los demás.

Con estas observaciones no niego, por cierto, que el Estado deba apropiarse de una parte de las rentas de los individuos para financiar una red de seguridad mínima a quienes por cualquier causa no pueden cubrir sus necesidades esenciales por sí mismos. Pero la constatación de ese atributo inalterable de la naturaleza humana nos obliga a reconocer que existen severos límites a este tipo de intervenciones redistributivas, porque desaniman tanto los impulsos productivos de quienes tienen que transferir parte de sus rentas como los de quienes consiguen percibir rentas sin contraprestaciones productivas, minando así las fuerzas que contribuyen a expandir la producción de los bienes y servicios que determinan el nivel de vida de la inmensa mayoría de la sociedad.

Por otro lado, estrictamente hablando, lo que tú calificas como egoísmo se debería denominar interés propio, pero no quisiera perderme ahora en una taxonomía de los vicios y virtudes humanas. Déjame decirte, eso sí, que no es egoísta un padre o madre de fami-

lia que trabaja denodadamente para poder dar la mejor educación a sus hijos y conseguir las mejores condiciones materiales posibles para los suyos; ni son egoístas quienes, movidos por esas intenciones, compran sus bienes y servicios a las empresas que les ofrecen las mejores condiciones de calidad y precio; ni quienes ahorran e intentan rentabilizar todo lo posible su ahorro acumulado para no vivir en su vejez o en su enfermedad a costa de los suyos o del resto de la sociedad; ni tampoco lo son quienes luchan por consolidar empresas cuyo éxito en última instancia depende de que puedan satisfacer con mayor calidad o a menor precio las necesidades de la sociedad. Estos son los comportamientos básicos que inducen los logros y también las fricciones del capitalismo.

Los costes personales que ocasiona el desempleo, el fracaso empresarial, o de forma más general, la frustración de las expectativas y deseos individuales, tienen su origen último en los esfuerzos de todos nosotros para mejorar las condiciones de vida de los nuestros. Naturalmente, hay también seres humanos egoístas, personas que abandonan su familia para vivir “su” vida e individuos que intentan alcanzar sus objetivos pecuniarios o de otro tipo por medios fraudulentos o sirviéndose indebidamente del esfuerzo de los demás. Pero nada de esto es privativo del capitalismo, ni mucho menos constituye un tipo de conducta que dicho sistema aliente o necesite para funcionar.

Así pues, el capitalismo no crea el interés propio de los individuos ni lo convierte en egoísmo, de la misma manera que el Estado no crea seres humanos virtuosos porque les obligue a transferir parte de su renta a quienes, acertadamente o no, decida que la necesitan más que ellos. El capitalismo, eso sí, canaliza este atributo firmemente instalado en el código genético de los seres humanos para que sirva al bien común, ya que dentro de este sistema ganan más los que al tiempo que se ayudan a sí mismos más ayudan a resolver los problemas de los demás. De esta manera, el capitalismo hace que la persecución por cada cual del propio interés termine ayudando a los

demás mucho más eficazmente de lo que se pueda conseguir mediante cualquier otra organización social que impida a los individuos recabar para sí y para los suyos el fruto de sus esfuerzos productivos.

3. Capitalismo y patrón de medida

Por otra parte, Fabiano, tus críticas adolecen de lo que algunos lógicos calificarían como el problema del patrón de medida. Esto es, ¿cuál es ese sistema económico ideal, en comparación con el cual el capitalismo arroja ese cúmulo de defectos que tan apasionadamente delatas? Quienes lanzáis esas críticas estáis comparando, acaso inadvertidamente, el funcionamiento real del capitalismo -caracterizado por los seres humanos constituidos tal y como son, actuando en un mundo de recursos escasos en relación con los que demanda la satisfacción de nuestras necesidades- con un imaginario paraíso en el que la disponibilidad de recursos es ilimitada o cuyos pobladores gozan todos de angélica naturaleza, siendo lo uno y lo otro inalcanzable a nuestra especie desde la expulsión del jardín del Edén.

Si en algún lugar del universo existiera un planeta en el que sus habitantes pudieran satisfacer sin esfuerzo alguno cualquier necesidad que sientan en el instante en que la deseen, podemos estar seguros de que en ese mundo todos tendrían la misma renta y no habría propiedad privada (ni habría un sistema de precios, ni existiría una disciplina intelectual denominada economía). Keynes, por cierto, equivocándose o quizá simplemente adelantando la fecha algunos siglos, vaticinó un mundo así para la generación de sus nietos, que es la nuestra. Si en algún otro lugar existiera un planeta poblado de seres angélicos, donde todos y cada uno de ellos trabajaran con el mismo espíritu emprendedor e intensidad fueran cuales fuesen sus remuneraciones y antepusieran el bienestar de los demás al de los suyos, podemos estar igualmente seguros de que allí tampoco habría diferencias de renta y riqueza entre ellos. Pero en un mundo como el nuestro, en el que producir cualquier cosa exige recursos y los recur-

Los recursos son insuficientes para producir todas las cosas que deseamos, donde por unas u otras razones los seres humanos tienen capacidades diferentes para satisfacer las demandas de los demás y en el que la inmensa mayoría de los individuos recaba el fruto de sus esfuerzos para sí y para los suyos, no puede haber prosperidad sin la propiedad privada de la mayoría de los medios de producción y sin libertad para disponer de esta propiedad según lo decidan sus propietarios. La propiedad privada y la libertad para disponer de la misma según decidan sus dueños tiende a poner proporciones mayores de recursos productivos en manos de aquellos que son proporcionalmente más capaces de utilizar eficientemente dichos recursos en aras del bien común. De esta manera, asignando flujos de renta inevitablemente desiguales según las desiguales contribuciones de cada cual a la cobertura de las necesidades y deseos de los demás, se consigue la mayor satisfacción posible de las demandas del conjunto de individuos de la sociedad a partir de los recursos existentes en cada momento.

Las intervenciones en los mecanismos capitalistas para intentar corregir deficiencias que tienen su verdadera e inalterable raíz en la naturaleza humana o en la escasez de recursos suelen llevar a situaciones mucho peores que las que se quieren remediar. La deficiencia radical de la mayoría de las críticas anticapitalistas no es tanto que su descripción de la realidad capitalista sea falsa o indebidamente lúgubre, un juicio éste que en última instancia depende de la perspectiva filosófica del observador, como que las alternativas con las que pretenden superar el capitalismo son ilusorias e inviables o, para decirlo con mayor precisión, practicables pero con resultados mucho más nefastos que la realidad que critican. Al respecto, Fabiano, quizá sea innecesario recordarte que nunca ha estado el hombre más cerca de ser un mero número de serie en la cadena de producción de los bienes y servicios de la sociedad, nunca han pasado tantos tantas privaciones, ni se ha hecho tanto daño al medio ambiente, ni se ha impuesto tan férreamente un mismo patrón de consumo verdadera-



mente dictado por las necesidades de supervivencia del sistema económico como ha ocurrido bajo los regímenes comunistas que abolieron la propiedad privada.

FABIANO

Tu cadena de razonamientos, Liberto, tiene múltiples eslabones cuestionables que te plantearé en su momento. Pero, ante todo, quiero decirte que tus palabras desprenden el aroma de las teorías del fin de la historia. De tus observaciones se infiere que el capitalismo es el estadio final de la organización económica de las sociedades humanas, el modo imperfectible de ordenar la economía hasta que la vida cese de existir en la tierra. Tú y los tuyos cometéis el mismo determinismo histórico de las profecías marxistas que tanto criticabais: el curso de la historia conduce inexorablemente al capitalismo liberal. Sin embargo, mientras existan unos pocos que tienen mucho y muchos que tienen muy poco, mientras amplias capas de la sociedad sientan necesidades y anhelos insatisfechos, mientras sigan desapareciendo especies vegetales y animales de la faz de un planeta cada vez más contaminado, siempre habrá críticas del sistema capitalista e intentos de superarlo; y siempre surgirán utopías sociales que, en última instancia, reflejan las íntimas aspiraciones de todos nosotros a un mundo mejor. Después de todo, ¿acaso el capitalismo liberal no es una utopía tan inalcanzable como cualquier otra? Sólo de la crítica, de manifestar nuestra insatisfacción con la realidad que tenemos y de señalar sus múltiples defectos, pueden surgir los cambios que nos acerquen a esa sociedad más justa que exigen todos los seres humanos de buena voluntad. Hasta que llegue ese momento, Liberto, criticaré el capitalismo, porque entre los débiles y los fuertes, yo elijo el bando de los débiles, de los más necesitados y desfavorecidos de la sociedad.

LIBERTO

Antes de nada, Fabiano, debo responder a tu última frase: yo también estoy del lado de los más débiles de la sociedad. Defiendo el

capitalismo no sólo porque permite mayores dosis de libertad humana que cualquier otro sistema sino también porque creo firmemente que mejora la suerte de los más débiles de la sociedad en mucha mayor medida que cualquier otro sistema económico conocido. No pongo en duda que tus críticas al sistema capitalista, las alternativas y las intervenciones en el sistema que puedas proponer, están genuinamente guiadas por la loable intención de defender a los más débiles y espero que tú tampoco cuestiones mis intenciones. No es aquí donde radican nuestras diferencias.

Nuestras discrepancias surgen porque yo creo que los métodos capitalistas son mucho más eficaces para mejorar las condiciones de vida de los más humildes de la sociedad que los métodos que tú inspiras, porque creo que los programas anticapitalistas guiados por tus ideas adolecen de una incoherencia lógica entre los medios que proponen y los fines que persiguen. En cualquier caso, creo que estarás de acuerdo conmigo en que no basta con poner a las ideas el sello de que “están con los más débiles” para que consigan los efectos deseados. Creo recordar, por ceñirme a episodios especialmente notorios encaminados a la abolición de cualquier residuo de propiedad privada, que los planes quinquenales de Stalin y el “gran salto adelante” de Mao llevaban este reclamo en su frontispicio y ello no impidió que se saldaran con veinte y trece millones de muertos respectivamente. Los que sobrevivieron a estos experimentos no fueron precisamente, nunca lo son, los más débiles.

Volviendo ahora al resto de tus comentarios, déjame decirte que defender el capitalismo no equivale a considerarlo como el destino final o el nirvana de la Historia sino simplemente es poner de manifiesto que su capacidad para satisfacer las necesidades y anhelos materiales de los seres humanos es superior a la de otros sistemas económicos que se han levantado sobre los cimientos emocionales de críticas como las tuyas, sistemas que ya se han ensayado y ya han fracasado estrepitosamente. No sabemos lo que nos deparará el futuro y naturalmente no sabemos si surgirá un sistema preferible al capi-



talismo, pero sí conocemos sistemas que son mucho peores y que por tanto deberíamos descartar, al menos mientras los seres humanos sigamos manifestando necesidades y deseos cuya satisfacción exige más recursos de los que tenemos y mientras dediquemos nuestros mejores esfuerzos a mejorar sobre todo nuestro bienestar y el de los nuestros.

No es lícito utilizar como patrón de medida de las deficiencias del capitalismo bucólicas arcadías que nunca han existido ni la utopía de un socialismo ideal que ignora los monstruosos defectos del socialismo real tal y como existió o sigue existiendo aún en algunas sociedades. La historia nos muestra que no sólo es intelectualmente ilícito sino también peligroso para las sociedades que lo sufren suplantarlo con alternativas que presuponen un mundo en el que la naturaleza se torna ilimitadamente dadivosa y los seres humanos dejan de ser como siempre han sido. Por otra parte, ningún partidario del capitalismo puede sostener, y yo ciertamente no lo haré, que es un sistema exento de defectos. Hay que distinguir, eso sí, entre lo que son defectos autocorregibles por el propio funcionamiento del sistema o defectos corregibles mediante intervenciones que no alteran la naturaleza del mismo y defectos que provienen de intervenciones inadecuadas del sector público en el sistema. Hay que distinguir sobre todo entre esos defectos y los que proceden de las restricciones que imponen la insuficiencia de recursos y la naturaleza humana.

En todo caso, lo que sí postulamos los defensores de este sistema es que la mayoría de las deficiencias innegables que aquejan la vida económica de nuestras sociedades serán tanto peores y más difíciles de superar cuanto menos vigorosas sean las instituciones capitalistas. Ciertamente, como bien dices Fabiano, siempre habrá críticas contra el sistema económico porque siempre habrá individuos con necesidades insatisfechas, aunque las necesidades cubiertas hoy por la inmensa mayoría de las poblaciones de las sociedades capitalistas sólo fueran accesibles a algunos miembros privilegiados de las sociedades del pasado. Habrá críticas también porque, incluso sobrepas-

sando con creces sus necesidades básicas, muchos individuos verán frustradas muchas de sus aspiraciones o se considerarán peor parados que otros de iguales o menores méritos, y con razón o sin ella señalarán al orden económico imperante como la causa de su malestar. Y, sí, también estoy de acuerdo contigo cuando dices que las propuestas de utopías sociales no nos abandonarán, aunque quiero pensar que cada vez ganarán menos adeptos porque las únicas utopías que han hecho progresar nuestras sociedades, las que no se han impuesto mediante miles de kilómetros de alambre de espino y a costa de asfixiar las libertades más elementales de los seres humanos, han sido las utopías individuales. Han sido esos sueños y aspiraciones que las personas fraguan en su mente y a cuya consecución dedican su vida, proyectos y metas en los que el individuo busca mejorar su suerte, y consiguiéndolo mejora al mismo tiempo la de sus semejantes. Mi utopía capitalista, como tú la denominas, consiste precisamente en dejar que cada uno defina la suya a su manera y la persiga libremente sujetándose a un conjunto de reglas de juego que aseguren que el uso de esta libertad por cada cual no impida la de los demás.

Bibliografía

Foley, Duncan K. (2006), *Adam's Fallacy: A Guide to Economic Theology*, Harvard University Press, Cambridge.

Friedman, Milton y Friedman, Rose (1980), *Free to Choose*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York.

Galbraith, John Kenneth (1955), *The Affluent Society*, Houghton Mifflin, Boston.

Hayek, Friedrich (1949), *Individualism and the Economic Order*, Routledge & Kegan, Londres.

Hume, David (1886), *The Philosophical Works*, Thomas Hill Green y Thomas H.E. Grose (eds.), Longman, Londres.



Knight, Frank H. (1951), *The Economic Organisation*, August M. Kelley, Nueva York.

Mises, Ludwig von (1966), *Human Action: A Treatise on Economics*, W. Hodge & Co., Chicago.

Sombart, Werner (2001), *Economic Life in the Modern Age*, Nico Stehr y Rainer Grundmann y (eds.), Transaction Publishers, New Brunswick, Nueva York y Londres.